

malidad” (p. 176). En cambio, los reflexivos de objeto indirecto no necesitan obligatoriamente trasladarse al verbo principal.

En suma, me parece que el trabajo de Esthela Treviño representa una contribución valiosa a los estudios de lingüística, en lo que se refiere al tratamiento de las causativas y de los clíticos en español.

IRMA MUNGUÍA ZATARAIN
El Colegio de México

DAVID R. OLSON, *The world on paper. The conceptual and cognitive implications of writing and reading*. Cambridge University Press, Cambridge, 1994; 318 pp.

“The World on paper —comienza diciendo Olson en el décimo capítulo— is an apt metaphor for analyzing the implications of literacy for by creating texts which serve as representations one came to deal not with the world but with the world as depicted or described” (p. 195). La representación como categoría de análisis que atraviesa la escritura es el tema central de este libro, como una función que se desdobra en múltiples niveles metalingüísticos —y que por tanto tiene estrechas relaciones con la epistemología y la hermenéutica— o, vista en su dimensión histórico-cultural, como una reconstrucción de los tipos de representación e interpretación que fueron evolucionando para resolver y entender ciertas necesidades sociales, congnotivas, ideológicas o de consolidación de relaciones de poder, que han marcado cada época. Pero el análisis de la representación del lenguaje no se agota ahí; el libro comienza directamente por deslindar el nivel de las creencias del nivel del conocimiento, en lo relativo al “estado del arte” de la llamada cultura escrita. Los primeros capítulos de los doce que componen la obra están dedicados a presentar críticamente los mitos y los hechos, para ubicar el lugar teórico que ha ocupado la escritura desde la perspectiva socio-cultural, antropológica, histórica, psicológica o lingüística. Evalúa aportaciones y excesos, identifica líneas y corrientes de investigación, para contextualizar sus propias tesis y cuestionarse seriamente qué significa estar alfabetizado. Porque alfabetización, señala con acierto, no puede restringirse al conocimiento del abecé, sino a la participación activa dentro de una “comunidad textual” que determina el tipo de lectura y las posibles interpretaciones que enmarcan los significados de aquello que llamamos mundo, un mundo de papel. Más allá del aprendizaje para decodificar un mensaje escrito, Olson delinea una historia social de cómo la escritura pasó de ser objeto y medio de comunicación informativo para constituirse en un mundo de representaciones, en ese tercer mundo de “conocimiento objetivo” de Popper, al que ingresa cada individuo a medida que se alfabetiza.

The world on paper no es entonces una síntesis más de los orígenes de la escritura que ya Harris, Cohen, Sampson o De Francis han reconstruido, por citar algunos de los más conocidos. A ella dedica tan sólo dos breves capítulos en los que describe a grandes trazos la divergencia entre la representación pictórica y la que llevó a la escritura; la convergencia entre la generación del número y la letra; el papel de la escritura como apoyo instrumental mnemotécnico que requirió de una serie de cambios tecnológicos, culturales e históricos para que el texto fijara la letra y se lograra una reproducción *verbatim* (capítulo 7). Toda esta argumentación crea el andamiaje conceptual necesario para rebatir la posición de que la escritura es la simple transcripción del habla, con una tesis que revierte en 180 grados la relación del habla como modelo de la escritura.

Olson sostiene que así como el lenguaje hace posible la representación del mundo, es la escritura la que posibilita la representación del lenguaje, de ahí su afirmación: “writing is in principle metalinguistics” (p. 89). Los sistemas de escritura no fueron “inventados” para transcribir palabras, sílabas o letras. La función comunicativa o informativa original de los primeros sistemas gráficos —cuya estructura sintáctica garantizó su generatividad— se transformó en modelo posible de lenguaje al ser leídos: “learning to read is precisely learning that model” (p. 85), dice Olson. En este sentido, las escrituras representan un modelo de lenguaje de varios posibles, y como tal, imponen una cierta representación y determinan también los puntos ciegos que impiden ver los aspectos del lenguaje que quedan fuera de esa representación. Tan importante es aquello que se deja fuera que merece un capítulo aparte (“What writing doesn’t represent”), ya que constituye el motor que impulsa el cambio: “the history of literacy is the struggle to recover what was lost in simple transcription” (p. 111).

Estamos ya en el centro del mapa conceptual que ha ido tejiendo con paciencia el texto de Olson. Al centro, una pregunta básica: ¿cómo deviene la escritura en un sistema de representación que deslinda progresivamente lenguaje y cognición? Para responder adecuadamente a una pregunta de tal envergadura, Olson se preocupa por definir los paradigmas que sujetan su respuesta. Hay reconocimiento explícito a las aportaciones de la llamada “Escuela de Toronto”, con Havelock y Mc. Luhan a la cabeza, uno de los puntales teóricos más radicales sobre el impacto cognitivo y cultural de la escritura como recurso tecnológico, que redefinió el concepto de hombre, de historia y de estructura mental. El constructivismo, presente en sus conceptos de desarrollo, denota su formación piagetiana “a la americana”, ya que la figura de Jerome Bruner (con quien trabajó en varias ocasiones) refleja también la influencia soviética de Vigotsky y Luria. Olson lleva la diferenciación entre intencionalidad y acción que estos últimos autores trabajan, al plano del lenguaje para, como primera hipótesis de trabajo, distinguir el significado textual

de la intención del hablante, cuestión que trató también en su ya clásico artículo del *Harvard Educational Review* (“From utterance to text: the bias of language in speech and writing”, 1977), y que ahora afina ya no para contrastar las dos modalidades (escrito-oral), sino para estudiar la autonomía del texto (a la que algunos críticos se refieren como la “falacia de Olson”) sin asumir por eso la muerte del autor a la manera de Barthes. Apoyado en Grice, Searle y Austin, pone de nuevo sobre la mesa el problema del significado y la intención, formulado ya en términos pragmáticos: “Writing readily represents the locutionary act leaving illocutionary force underspecified” (p. 93). La escritura preserva las propiedades léxicas y sintácticas del habla, pero pierde las cualidades ilocutivas del hablante. La historia de la cultura escrita es la historia de las estrategias desarrolladas para compensar aquello que no está representado, a fuerza de traer a la conciencia y objetivar como entidad la propia subjetividad. La intención del autor se va marcando por recursos varios como la especialización de géneros que determinan los rangos de libertad en la interpretación; las marcas de cohesión textual que delimitan el contenido proposicional; la introducción explícita de verbos psicológicos, de comunicación, que al nominalizarse crean entidades que le dan un nuevo *status* al orden de las ideas —deslindadas ya de las palabras— y al orden de las cosas (a la manera de Foucault). Lo que merece destacarse es que todas estas novedades aparecen a medida que el autor toma conciencia del destinatario. Los textos se escriben para ser leídos y en esta ida y vuelta va construyéndose la ciencia de la interpretación o hermenéutica.

Por el monto de información y la amplitud de los temas que trata de articular, el libro parece caer en una repetición de las tesis y preocupaciones centrales de Olson. Sin embargo, esta recurrencia es ficticia. Se trata de analizar desde distintos contextos y escenarios los supuestos, argumentaciones e implicaciones teóricas. Resulta así que a medida que avanzamos en la lectura vamos encontrando reformulaciones de las tesis iniciales, que exploran, de manera cada vez más aventurada, los niveles de “meta-conocimiento” (capítulos 10 y 11) y la concepción de la cultura escrita como actividad metalingüística.

Hay que preguntarse si el libro cumple con la doble intención del autor: formular una teoría de la cultura escrita mediante un restringido número de principios y utilizar un lenguaje accesible al lector no especializado. Si por lector no especializado entendemos que está dirigido de igual manera al antropólogo, al lingüista, al psicólogo o al filósofo interesados en el tema, diremos que efectivamente se trata de una obra que rompe las fronteras interdisciplinarias en busca de una teoría integral. La red de articulaciones temáticas va cerrándose de tal modo que no puede concebirse escritura sin lectura, comprensión sin interpretación, el plano de las representaciones sin el de las creencias, el logro de la “objetividad” sin la noción de subjetividad, temas que sugieren vetas de in-

vestigación transdisciplinaria y que recuerdan las limitaciones que impone a nuestra lectura del mundo la representación imperfecta que hace nuestra escritura del lenguaje. Por eso hace bien en recordarnos que el impacto de la cultura escrita se mide en tiempo histórico, no en el curso de una historia individual.

NORMA DEL RÍO LUGO
El Colegio de México
Universidad Autónoma Metropolitana

ADRIANA SILVESTRI, y GUILLERMO BLANCK, *Bajtín y Vigotski: la organización semiótica de la conciencia*. Anthropos, Barcelona, 1993; 286 pp.

Tras la caída del bloque socialista y en medio de la posmodernidad, con todo lo que ésta tiene de caótica o libertadora, peligrosa o provocativamente compleja, la “moda” Bajtín, en manos de ciertos académicos de izquierda, parece querer reivindicar la tendencia marxista de un pensador de singular importancia. La obra bajtiniana, si bien no tiene una orientación clara dentro de los límites del materialismo histórico, se opone a la metafísica occidental, muchas veces desde puntos de vista cercanos al marxismo. Esto se relaciona con que el problema de la conciencia y la cultura, dentro del “sistema filosófico” bajtiniano —si es posible referirse así al complejo de textos inéditos, prohibidos, editados en vida bajo otros nombres o póstumamente—, se plantea en términos de un proceso sociohistórico dinámico, lo que lo acerca a las doctrinas del materialismo histórico.

Subrayando esta tendencia filosófica en la obra teórica de Vigotski y Bajtín —este último, por lo demás, no muy grato al régimen soviético stalinista, lo que resulta de gran ventaja para la posteridad—, Silvestri y Blanck estructuran su libro de la siguiente manera: la primera parte es un comentario exegético de los conceptos básicos de ambos teóricos, que demuestra la relación entre su pensamiento respecto de la constitución y organización de la conciencia y los principios de una ontología marxista; la segunda, escrita por Blanck, es una biografía de Bajtín a la que suceden tres textos suyos —editados por primera vez en español, aunque no traducidos del original ruso, sino del francés el primero y del italiano los dos siguientes. La fragmentación temática y metodológica del libro, debida a las diferencias entre los autores de cada una de las tres partes, crea desconcierto en relación con la estructura tanto lógica como editorial. Así, queda bastante vaga la explicación de por qué al análisis comparativo de dos teorías sobre la constitución de la conciencia siguen, primero, la biografía de Bajtín y, luego, tres textos suyos; mientras, por otro lado, se omite la equivalente información biográfica sobre Vigotski